



San Juan de la Cruz y la Srta. Valencia.

Acabo de recibir un librito que se titula *Á San Juan de la Cruz*, poesía de Doña Carolina Valencia, premiada en público certamen por la Real Academia Española, y publicada á sus expensas.

Es decir; á mis expensas y á las de ustedes, porque aunque ni ustedes ni yo somos académicos para cobrar, lo que es para pagar como si lo fuéramos: en cuanto pagano, todo contribuyente es académico.

La Real Academia paga con nuestro dinero, y, por consiguiente, el verdadero tribunal, el de alzada, somos nosotros. Yo, por lo que á mi contribución toca, protesto contra el gasto de la Academia. No, no creo que se deba gastar el dinero del Estado en proteger debilidades poéticas de señori-

tas más ó menos inspiradas, pero cuya *misión en esta tierra en que habitan* es muy otra que escribir odas cursis, nihilistas, tautológicas, inocentonas, anodinas é incorrectas. La señorita Valencia, créame á mí, es un Muiños sin más ventaja que la del sexo, que siempre es preferible siendo el bello. No haga caso la señorita Valencia al insidioso P. Blanco García, que la llama «Zorrilla femenino,» con dudosa oportunidad onomástica. Según el P. Blanco, la señorita Valencia es una dulce y simpática poetisa, que desde el retiro de su hogar, (*porque ni siquiera* reside en la corte...) ¡Divino, pater, divino! De modo que según usted, el que reside en un hogar no reside en la corte; ¿en la corte no hay hogares? Y el *ni siquiera* tiene también mucha gracia; ¿qué querrá decir ese *ni siquiera*? «Tuvo el arrojo de lanzar al público un libro de poesías.» Ni que fueran ladrillos, padre crítico. Vaya un modo de señalar.

«Hojas verdes y lozanas del arbol de un corazón sano.» ¡Qué románticos son estos agustinos contenidos y condensados! «Los que estiman mortal toda culpa contra el *Decálogo de la moda*.» ¿Qué decálogo es ese?

¿Cuáles son sus diez mandamientos? Porque si no son diez, no es decálogo, agustinillo. «No perdonarán á Carolina Valencia sus aficiones á mirar hacia atrás. «Que mire, señor, que mire. ¿Crée

usted que todos somos como Jehová, que no consentía esas miradas? Pero sigamos al P. Blanquillo, el cual dice que el que quiera «volver á sentir las impresiones que haya experimentado con la lectura de los *Cantos del trovador* y el poema *Granada, sin la molestia de la repetición*, que lea á Doña Carolina.» Sublime. Aquí se revela el *crítico frailuno* de cuerpo entero. La *molestia de la repetición* de la lectura, tratándose de lo mejor del mejor poeta castellano actual, según el mismo P. Blanco, es un rasgo que equivale á toda una confesión. En vez de repetir (*y molestar*) la lectura de Zorrilla... el P. Blanco lee á la señorita Valencia. ¡Y á un crítico así *iban* á tomarle en serio Valera, Balart, etc., etc.! Sigue el padre comparando á la señorita Valencia con muchas cosas incongruentes é incoherentes, y dice que su alma «es un arpa eólica (¡eólica había de ser!), de la que nacen las rimas como agua de manantial copioso.» Metáforas montadas en metáfora. «Sólo, sí, debe la autora ponerse en guardia...» ¿Pues no le manda ahora *ponerse en guardia* después de llamarla arpa y Zorrilla femenino?

Si á poner en guardia vamos, yo aconsejaría á la señorita Valencia que se fiara más de los *caprichos seniles de Zorrilla* (el masculino), contra los cuales la previene el P. Blanco, que de las *dulcendumbres* críticas de un monje reconcentrado y

lector de novelas de Peirolón. ¡Ponerse en guardia! ¡Mire usted que mandar á una señorita ponerse en guardia!

* * *

Yo no diría palabra de los versos de la señorita Valencia, si no se los premiara la Academia. De modo que en rigor todo esto va contra la cotorrona de la calle de Valverde, no contra la poetisa, que no es ni mejor ni peor que tantas otras que son muy malas, como es natural, y hasta conveniente. Una medianía literaria del sexo femenino, hace más estragos que el ejército de Jerges. Más vale que las literatas sean malas del todo.

La *oda* á San Juan de la señorita Valencia, se reduce, como todas las de su clase, á hinchar un perro con lirismo vacío, es decir, falso; á estar diciéndole á la musa: *canta* esto y *canta* lo otro; y vuelta con que va á cantar por aquí y va á cantar por allá, y por fin no sale de esta canción. Como se trata de un santo místico, abundan las florecillas simbólicas, y el ganado lanar y los desmayos transcendentales, todo ello sin calor ni sinceridad; frío, amañado, retórico; se vé que la señorita Valencia está pensando en el conde de Cheste y en

el Sr. Tamayo, secretario perpetuo de la Academia, y no en el amor de Dios, que no es cosa para traída y llevada en *públicos certámenes*.

Sin mala intención, por culpa de la mala retórica, trata la poetisa al santo con escasos miramientos.

Le llama *serafín ardiente*, por ejemplo, que tiene tanto sentido como si le llamara... cámara ardiente, v. gr. En cuanto á la Academia, ya que se paga de formas, debió mirarse antes de premiar cosas como estas:

De aquella lira en el *Edén* forjada

Aquí se supone que en el Edén hay fragua y que las liras se hacen como los picos y los azadones.

Su ardiente fe se aviva y se *agiganta*

Demasiado sabe la Academia que el verbo agigantarse, agigantar, no lo considera ella castellano. Pero la poetisa no hace caso, porque insiste:

Cuanto más se amenguó más se *agiganta*

¿Cómo premia la Academia vaguedades sin sentido y de expresión tan desdichada como estas?

¿Quién es capaz de celebrar la gloria
de que se inunda el alma
con *ese singular abatimiento*
en que se *cibe* victoriosa palma?

Suponiendo que la palma se ciña, ¿qué quiere decir todo eso? *Ese singular* abatimiento, qué tiene que ver con las palmas?

Serafin abrasado del Carmelo.

(¡Ya se tostó!)

Tú á quien la primordial sabiduría
hizo párticipar de su *omnisciencia*.

Mucho lo dudo: ni San Juan de la Cruz, ni el mismo San Juan Ante-portam-latinam creo yo que hayan llegado á *participar* de la sabiduría infinita de Dios. En fin, si la señorita Valencia ó Cheste y Catalina tienen otras noticias, no discuto.....

¡Así andamos!

¡En estas *muñeiras* ha venido á parar la poesía religiosa castellana!

Yo quisiera que la señorita Valencia no leyera este *Palique*; sentiría mucho mortificar su amor propio. Pero... ¡sí la quiero yo mejor que los padres descalzos que la adulan!

Esa facilidad que tiene para hacer versos que así, de repente, suenan bien, no es don poético; es cierta blandura nerviosa que nos consiente repetir ciertos ritmos después de habituar á ellos el oído.

Cuando yo, allá en mi adolescencia, me daba grandes atracones de alejandrinos de Victor Hugo,

me pasaba las noches, á poco difícil que fuera la digestión de la cena, *haciendo* de Victor Hugo en la cama, con antítesis y todo. Después de leer mucho á Quintana, por ejemplo, no puede uno menos de empezar cualquier conversación diciendo:

Dadme que...

ó bien

¡Cuándo será que...

Todo es flato, y con los años y los desengaños se quita. No á todos; hay quien muere con el sononete... Pero la señorita Valencia que es buena cristiana, por lo que veo, desistirá de manejar el plectro.

Además, ella sabrá mejor que yo que en poesía hay que limar mucho; y quien dice limar, dice cortar. Las tijeras son instrumento de todo buen poeta académico.

Ya supongo á la señorita Valencia con las tijeras en la mano.

Y las tijeras, por natural asociación de ideas... la llevarán hasta la aguja. Por ahí empezaron los *rapsodas* de la Iliada.

Y después, ya todo es cuestión de... coser y cantar. Pero cantar de veras, no *liricamente*.



ALARCÓN

(ÚLTIMOS ESCRITOS)

Uno de los pocos libros que merecen citarse, entre los publicados esta temporada, es el que se titula *Últimos escritos*, refiriéndose á los de Don Pedro A. de Alarcón.

No es que tal obra revele algún nuevo mérito del autor insigne; pero basta que sea libro póstumo de tan notable publicista y que contenga sus *últimos escritos* (?) para que se respete y tome en cuenta.

Aunque el libro no lleva prólogo, advertencia preliminar, epílogo ni cosa parecida en que se cuente la historia de su publicación, tengo entendido, (seguro estoy de haberlo leído en los periódicos) que han dirigido la edición muy cercanos

parientes del ilustre novelista. No sé si han tenido que ceñirse á órdenes del difunto ó si pudieron escoger según su juicio, ó si han publicado todo lo que encontraron á mano... Ello es que hay gran desigualdad entre unas y otras materias, y que si ha habido libertad para elegir, no han debido sacarse á luz ciertos documentos de carácter puramente familiar, que nada interesante enseñan respecto de la historia é ideas del autor, y son, por el descuido de la forma, la futilidad del asunto, indignos del Alarcón que el público conoce, del único Alarcón que se quiso dar á conocer. Nada tiene de particular que un buen escritor al dirigirse privadamente á varios amigos improvise quintillas vulgarísimas, incorrectas, sin idea ni gracia; puede esto hacerse hasta por gusto, por descanso... pero no debe formar semejante escrito parte de la colección de obras póstumas de quien puede llegar á ser legítimamente un autor clásico. No va esta censura contra los hijos y demás parientes muy cercanos del insigne escritor, los cuales, enamorados natural y noblemente de todas las memorias de ser tan querido, no están ahora para distinguir entre lo literario y lo no literario; pero la familia de Alarcón tiene amigos, muchos de ellos escritores de fama, y estos eran los obligados á separar lo digno de publicidad, y dejar para el afecto puramente familiar esos otros

documentos, que en cuanto recuerdos son tan sagrados como todos, pero como obra literaria... no lo son siquiera, ni muestran pretensiones de serlo.

Por ahora el mal no es grave; reciente la desgracia que afligió á nuestras letras al desaparecer el autor de *El sombrero de tres picos*, todos vemos en el libro titulado *Últimos escritos* una reliquia más que otra cosa; todos podemos y debemos disimular defectos, olvidarlos, y pensar sólo en que tenemos delante páginas del querido *poeta*, sí, poeta, que ya no escribirá otras. Mas pasará el tiempo, Alarcón será juzgado con la fría justicia con que la posteridad siempre juzga, y por culpa de tales documentos esta obra póstuma desmerecerá en el conjunto de las de Alarcón.

En España en general no se da á la gloria literaria todo el valor que tiene; y por otra parte, no se respeta al público todo lo que se le debe respetar, no se le atribuye el juicio y el gusto que se le debe suponer.

Por esto sin duda nadie se ha creído, por amor de Alarcón, en el deber de impedir que una de las últimas páginas que nos quedan del escritor de *La Alpujarra* esté llena con quintillas como estas:

Mi muy queridos Velarde,
Campo, Herranz, Palacio y Grilo;
que el cielo benigno os guarde

y que estrenéis cada tarde
un traje entero de hilo.

.....
Que llegada otra estación
gastéis cada levitón
que le diga á Dios de tí
y debajo del *surtout*
muy alegre el corazón.

.....
Que así os sorprenda la muerte
pues que es preciso morir;
pero que muráis de suerte
que entre vivir y morir
el mundo á escoger no acierte.

Esto último no se entiende siquiera. Me parece imposible que Alarcón escribiese tales cosas para que se publicaran.

Por haber descuidos en esta edición, hasta hay impropiedad en el título. *Últimos escritos* de un autor quiere decir los últimos que escribió, y efectivamente lo dice: pues bien, en este tomo se publican varios documentos anteriores á algunos de los libros que el mismo Alarcón dió á la estampa. Sirva de ejemplo el artículo titulado «Acta de la junta celebrada *anoche* en la redacción de *El Belén*.—En Madrid á las nueve de la noche del 24 de Diciembre de 1857...»

No se crea que es la poesía familiar que he citado por ejemplo lo único indigno de figurar ante el público en calidad de obra póstuma de Alarcón;

á decir verdad, la mayor parte de los papeles aprovechados son inferiores con mucho al gran crédito que Alarcón había llegado á conseguir.

Tal vez afean, moralmente, el libro varios arranques de despecho contra el *naturalismo*, varias frases demasiado fuertes; pero hay la ventaja de que los aludidos por el Sr. Alarcón perdonan todo eso y mucho más, si hace falta, al que ha sabido ser, en medio de todas sus aprensiones de artista, uno de los más espontáneos y robustos ingenios de su generación, en su tierra.

Y dispensen los lectores de *Madrid Cómico* el tono completamente serio de este palique, tono impuesto necesariamente por la calidad del asunto.



RAMOS CARRIÓN

Es un hombre tan fino, tan bien educado, que hasta en el modo de ser sordo se vé su cortesía.

Es sordo del izquierdo, y en este defecto físico encuentra Ramos un pretexto para dejaros siempre la derecha. Cuando la cortesanía consiste en ponerle á uno al otro lado, hace como que no es sordo.

Prefiere no oír á mostrarse poco fino.

Esto de la exquisita buena crianza es una virtud en todas partes; en España una virtud heroica, cuyo mérito aumenta por la escasez de la oferta.

La mayor parte de los españoles aprovechan cualquier ventaja personal, cualquier mérito, cualquier gracia para dejarse de cumplidos y ser *un*

original. ¡Como si fueran originalidad en esta tierra el descuido y la excesiva confianza en el trato! Los que no encuentran otro título para su escasa cortesía, invocan el genio de la raza, la proverbial franqueza castellana, ó aragonesa, etc., etc... Rudos, sí, pero en el fondo... Como si le importara á uno el fondo cuando se tropieza con un aguador en la acera, ó le pisan un callo, ó le apestan la casa con el humo del cigarro, ó le ocupen una alfombra delicada de colores... Ha dicho un autor de *paliques* que á la mayor parte de los hombres que tratamos la única obra de caridad que solemos tener ocasión de hacerles, es la de ahorrarles las molestias de una crianza poco cuidadosa de la comodidad ajena. Un hombre fino, es un hombre bueno... mientras no se demuestre lo contrario.

¿Que adónde voy á parar? Pues al arte, al teatro, al talento de Ramos Carrión.

El principio de no molestar al prójimo, de mostrarse afable, de trato fino y agradable, lo lleva Ramos Carrión á la escena, y le va tan ricamente. El público desde el primer día se aficionó á un autor tan cortés y atento y le ha hecho uno de sus predilectos, y uno de los más ricos, si no el más (que tal vez sí), entre los literatos que en España viven del producto de su ingenio.

La buena crianza nos exige que no hablemos

á las personas de lo que no entienden, de lo que no les interesa; que no aburramos al prójimo con las preocupaciones de nuestro egoísmo, haciéndole prestar atención á nuestras gracias, aventuras y milagros. La buena crianza pide también que no escandalicemos á quien nos oye con desvergüenzas, blasfemias, chistes demasiado verdes, etc., etc. La buena crianza pide que no demos *latas* á nadie (usando una palabra que me disgusta, pero hoy muy corriente.)

Pues bueno; Ramos Carrión, por natural impulso de su ingenio, por carácter y también por legítimo y prudente cálculo, cumple en el teatro con estos preceptos de la buena crianza, ante todo; escoge, por de pronto, sus asuntos de suerte que siempre puedan interesar al público probable de los teatros españoles; así, se guarda de meterse en filosofías de once varas y de sentar plaza de reformador de la sociedad. Acuértese ó no de Horacio, sigue su precepto, midiendo bien las propias fuerzas; y gracias á esto, ni el público se ha reído de él y de sus pretensiones jamás, ni sus comedias y zarzuelas le han puesto nunca en ridículo á los ojos de los hombres de buen sentido y de buen gusto.

Esta prudencia artística, que le ha librado de caídas monumentales, le ha servido para que otros autores, ya dramáticos, ya líricos, ya meramente

prosáicos, le miren por encima del hombro y le tachen de poco *transcendental*.

Y es que aquí se confunden las facultades con los pujos; y el que se mete á escritor profundo y docente y de trastienda filosófica, ya cree tener el mérito del género, que trata de cultivar, sin más que desearlo.

Es claro que los grandes poetas, los grandes novelistas que llevan al arte con buen éxito las ideas y los sentimientos capitales, con fuerza y profundidad original, son superiores á Ramos Carrión... pero no lo son los que pretenden todo eso y no lo consiguen, que son casi todos los que lo pretenden.

Si al día siguiente de estrenarse uno de esos dramas que les parecen á los incautos dignos de Echegaray, pero no lo son, se dijera á la pasmada gacetilla que el *ídolo* aquel, que según ella trae *nuevos moldes* y viene á transformar el teatro y la sociedad corrompida é hipócrita, es mucho menos artista del teatro que Ramos Carrión, ¡qué escándalo! ¡cómo protestarían los gacetilleros inspirados y videntes! Pues que pase el tiempo, y se verá que aquellos dramas sublimes, aunque hayan tenido buen éxito, se quedan anticuados, ñoños, insoportables á los pocos lustros... mientras *Los Sobrinos del Capitán Grant* siguen tan frescos, y hacen las delicias de varias generaciones. Y quien

dice los *sobrinos* dice otros próximos parientes suyos hijos del mismo padre.

Ramos huye de la transcendencia filosófica en tres actos y en verso, como del demonio; de quien no huye es del melodrama, y hace bien; porque la transcendencia sentimental sí la entiende el público.

No negaré que esta es la parte más floja del teatro de Ramos, pero aun aquí tiene mucha defensa.

Ante todo, él mismo está lejos de creerse un Shakespeare ni siquiera un Eurípides, porque acierte á interesar y arrancar lágrimas al pueblo bonachón y nada *esteta*. Ramos *cifra* en sus melodramas la mayor y más sana parte de su presupuesto de ingresos, pero no cifra en ellos su vanidad.

La zarzuela sentimental, melodramática, ya sabe él que se vende entre los específicos, tiene su fórmula... pero no todos aciertan con ella.

Otros muchos escriben zarzuelas *serias* y melodramáticas con las mismas recetas... pero se las silban.

Por algo las mantecadas buenas son de Astorga, los bizcochos borrachos de Guadalajara y la mantequilla y el P. Muiños de Soria.

El melodrama por sí no es tan malo como se dice: lo malo es el abuso. Hoy muchos escritores

serios y que buscan novedades ensayan el modo de resucitar el melodrama... correcto, siempre racional y artístico. Un escritor y crítico tan avisado como el famoso panegirista francés del *dandysmo*, á pesar de su genio paradójico, *decadente* y refinado, lloraba en su butaca oyendo y viendo representar un... *buen* melodrama... sin perjuicio de reirse después de sus lágrimas.

Ramos Carrión nos da sus dramas sentimentales con el adobo de la música, que tan bien les sienta. Además, prefiere manejar los lugares comunes sentimentales á sorprendernos con disparates nuevos y espontáneos. Otro sí, Ramos Carrión *ni aun* escribiendo zarzuelas altisonantes es incorrecto en el decir. Otros creen que en habiendo música y melodrama de por medio ya sobra la gramática. De lo que no puede librarse Ramos es de dar á sus personajes de este género un lenguaje de... «novela por entregas,» como dice él mismo burlándose de estas cosas en *Los Sobrinos*, que tanto honran á su tío.

Y saliendo de la *zarzuelona* seria (donde, cuando hay ocasión, pone tanta sal cómica para que no se pudra), ¿qué se puede decir del teatro de Ramos que no sea en elogio de su discreción, de su gracia, de su abundancia, de sus dotes de observador, de autor cómico de buena y clásica cepa? Su ingenio es fecundísimo, y cumpliendo con

aquella regla de buena crianza de que hablábamos antes, no nos habla *de sí mismo*, no se *subjetivo*, no se endiosa, no se ensimisma, no se amana, y corre por el mundo real buscando novedades, variedad constante, pintorescas peripecias.

El teatro de Ramos nos habla siempre de la modestia del autor, de sus limitadas y legítimas pretensiones, que se reducen á gustarnos lo más que pueda... y á cobrar lo más que quepa.

No será sólo Ramos Carrión, ni mucho menos, á Dios gracias, el autor dramático que en el día en que la posteridad juzgue á todos los de ahora, á los de España, aparecerá por su naturalidad, sencillez, espontaneidad, habilidad y fecundidad pintoresca por encima de muchos estirados catedráticos de la escena y de la novela y de otros géneros.

Hay varios poetas muy españoles y muy poco transcendentales que con él representan lo más castizo y lo más *natural* y espontáneo de nuestra escena en estos tristes días de general decadencia. Excuso decir que Echegaray está excluido de estas comparaciones. Las tentativas de Galdós tampoco tienen nada que ver con esto. Ni tampoco el *Drama nuevo*.

La modestia, que yo tengo bien probada, del muy simpático escritor zamorano, tal vez se debe á que Ramos tiene un Píldes de mucho ojo dra-

mático, un Noherlesoom teatral y muy entendido en contabilidad.

Este Pilades, á quien sin su permiso no quiero nombrar aquí, es el encargado de cobrar los derechos de autor y también corre con los trimestres de la vanidad. Pero esta vanidad por cuenta ajena, vanidad sin egoísmo, es muy disculpable, tiene otro nombre; ceguera de la amistad.

Para el Pilades de Ramos Carrión, este es el primer autor dramático español. Sus argumentos para probarlos los busca en la aritmética y en el cariño.

.....
 ¿Que si tiene defectos mi *apadrinado*? Eso no se pregunta. Tales defectos resaltarían mucho más, y yo hablaría aquí de ellos, si Ramos tuviera cierta clase de pretensiones... Pero como no las tiene...

Ni siquiera nos dice que se deba escribir para el teatro como escribe él. Se contenta con sostener que él debe escribir así porque es como sabe... y sabe que el público aplaude y paga.

.....
 El voto de emborronar esta semblanza lo hice el verano pasado viendo los cuadros *chilenos* de *Los Sobrinos del Capitán Grant* por la trigésima vez, y observando la gracia verdadera y sanísima que hay allí y la alegría con que una nueva genera-

ción celebraba la frescura y lozanía de aquellos chistes y de aquellas figuras y situaciones, que á mí no me gustaban tanto en mis mocedades *críticas*, porque era yo más *flósofo* que ahora y había vivido mucho menos.....